



SERIE TIEMPO DE BUSCAR

Abigail y LEA



Cómo vivir en un
matrimonio difícil

Alice Mathews

CONTENIDO

Lea:

Cómo vivir con un hombre que no la ama 2

Abigail:

Cómo vivir con un esposo difícil 17

ABIGAIL Y LEA

Cómo vivir en un matrimonio difícil

No es fácil ser una mujer cristiana, sobre todo hoy. Tenemos más posibilidades que las que tuvieron nuestras madres. Y podemos tomar decisiones que no eran siquiera opciones para las mujeres de otras épocas.

La vida está llena de opciones. Tenemos que escoger, pero, ¿cómo podemos escoger bien? Debemos acudir a la Palabra de Dios para obtener ayuda y tomar decisiones sabias. En ella podemos aprender por precepto y por ejemplo. En las páginas siguientes estudiaremos a dos mujeres de la Biblia que tuvieron que luchar con problemas sorprendentemente similares a los que tenemos hoy. Y al estudiar a estas mujeres de la vida real y las decisiones que tomaron, encontraremos principios que nos ayudarán a encontrar las respuestas que buscamos.

Alice Mathews

Título del original: *Abigail & Leah—Living in a Difficult Marriage*

Foto de cubierta: © RBC Ministries, Terry Bidgood

Las citas de las Escrituras provienen de la Versión Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina.
© 1998,2007 RBC Ministries, Grand Rapids, Michigan, USA

ISBN: 978-1-58424-098-3

SPANISH

Printed in USA

LEA: CÓMO VIVIR CON UN HOMBRE QUE NO LA AMA

Cuando hablamos del matrimonio, es bueno regresar al comienzo mismo, donde empezó todo:

Y dijo Jehová Dios:

No es bueno que el hombre esté solo; le haré ayuda idónea para él (Génesis 2:18).

Una vez hecho eso, el autor del Génesis nos dice: *Por tanto, dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán una sola carne* (v. 24).

Seguro recuerda la historia. Adán estaba solo y Dios dijo: «No es bueno». Para que Adán fuese totalmente consciente de lo solo que se encontraba, Dios organizó un desfile de todos los animales para que pasaran frente al único ser humano que había en la

tierra y le recordasen que él no tenía contraparte en el universo. Adán necesitaba alguien con quien compartir la vida. Él fue creado para tener una relación. Solo, Adán era solamente la mitad de la historia. Por eso Dios creó a Eva y se la llevó. Entonces todas las piezas quedaron en su debido lugar para formar un matrimonio magnífico.

El hombre y la mujer tenían una situación ideal. Fueron creados a la imagen de Dios y Él los colocó en un jardín donde tenían un trabajo desafiante que hacer, sin fatiga ni tensiones. Pero ya sabe lo que pasó después. Pasó algo que tuvo que ver con un mandato de Dios, un pedazo de fruta y una decisión. De esa decisión surgió la alienación: alienación de Dios el Creador; alienación de la naturaleza, que ahora los goberaría a ellos, los fatigaría y a la larga los absorbería; alienación mutua

porque la confianza dio paso a la culpa, y la igualdad, a la jerarquía; y finalmente, una alienación interna porque cada uno de ellos se convirtió en una guerra civil ambulante. Estaban divididos entre sus esperanzas y sus temores, y vacilaban entre su necesidad fundamental de relacionarse y su resentimiento por tener que pagar el costo de esa relación. Se habían convertido en personas imperfectas que vivían en un mundo caído.

Sólo seis generaciones después de Adán y Eva, la perfecta relación entre un hombre y una mujer había dado paso a la poligamia. Génesis 4:19 nos dice que Lamec se había casado con dos mujeres, Ada y Zila. La relación de una sola carne, una unidad que no sólo es física sino mental, emocional y espiritual, ya no era posible para un hombre que adquiría esposas de la misma forma en que adquiría ganado, ovejas u oro.

En Génesis 29 conocemos a dos mujeres: Lea y su hermana Raquel, esposas rivales en una relación polígama. Raquel, la más joven, era la niña de los ojos de su esposo. Lea no era amada. ¿Cómo vive una mujer con un hombre que no la ama? Examinar la vida de Lea puede ayudarnos a contestar esa pregunta.

Primero conocemos a Lea como instrumento del engaño de otra persona. Jacob había engañado a su hermano Esaú por su primogenitura y había huido de Canaán a la tierra de sus antepasados. Fue a la casa de su tío Labán, hermano de su madre. Labán lo invitó a vivir con él y a trabajar para él. Veamos la historia tal y como se desarrolla en Génesis 29:

Y Labán tenía dos hijas: el nombre de la mayor era Lea, y el nombre de la menor, Raquel. Y los ojos de Lea eran delicados, pero Raquel era de lindo semblante y de hermoso

parecer. Y Jacob amó a Raquel, y dijo: Yo te serviré siete años por Raquel tu hija menor. Y Labán respondió: Mejor es que te la dé a ti, y no que la dé a otro hombre; quédate conmigo. Así sirvió Jacob por Raquel siete años; y le parecieron como pocos días, porque la amaba. Entonces dijo Jacob a Labán: Dame mi mujer, porque mi tiempo se ha cumplido, para unirme a ella. Entonces Labán juntó a todos los varones de aquel lugar, e hizo banquete. Y sucedió que a la noche tomó a Lea su hija, y se la trajo; y él se llegó a ella. Y dio Labán su sierva Zilpa a su hija Lea por criada. Venida la mañana, he aquí que era Lea; y Jacob dijo a Labán: ¿Qué es esto que me has hecho? ¿No te he servido por Raquel? ¿Por qué, pues, me has engañado? Y Labán respondió: No se hace así en nuestro lugar, que se dé la menor antes

de la mayor. Cumple la semana de ésta, y se te dará también la otra, por el servicio que hagas conmigo otros siete años. E hizo Jacob así, y cumplió la semana de aquélla; y él le dio a Raquel su hija por mujer. Y dio Labán a Raquel su hija su sierva Bilha por criada. Y se llegó también a Raquel, y la amó también más que a Lea; y sirvió a Labán aún otros siete años (29:16-30).

Probablemente el primero que le dé pena sea Jacob. Después de todo, un trato es un trato. Él hizo un trato por Raquel, no por Lea. Pero Jacob había sido bastante tramposo también. Había engañado a Isaac, su padre, el cual era ciego, e hizo trampa a su hermano Esaú. O sea que no es que no tuviera culpa ninguna. Sin embargo, nos da pena Jacob. Después de siete años de trabajo pasó por todas las festividades tradicionales

para celebrar su boda con Raquel. Esperó en la oscura tienda a que le entregasen a su esposa, en la penumbra vio entrar a una mujer bien cubierta con un velo, y asumió el impacto que debe haber sentido a la mañana siguiente cuando descubrió que la poco atractiva Lea había sustituido a la hermosa Raquel!

Es fácil concentrarse tanto en sentir lástima por Jacob que nos olvidemos de lo que debe haber sentido Lea a la mañana siguiente. Algunos comentaristas especulan diciendo que Lea también había estado enamorada de Jacob durante esos 7 años, y que estuvo dispuesta a ser cómplice de la treta de su padre. No hay nada en el texto que confirme eso. Independientemente de que haya ido esa noche a la tienda de Jacob como cómplice voluntaria o como hija obediente a su padre, no pudo haber estado muy emocionada a la mañana siguiente cuando Jacob

hizo una escena con su suegro Labán.

Si Lea había esperado alguna vez el amor de Jacob, si alguna vez se había atrevido a pensar que podía competir con su hermosa hermana, todas sus ilusiones se desvanecieron cuando Jacob mostró su enojo por el engaño. Lea no era amada, ni deseada, ni buscada. Y una semana más tarde fue desplazada cuando Jacob tomó a Raquel para sí.

Dudo que haya muchas mujeres hoy día que se hayan casado bajo las mismas circunstancias que Lea. Pero el engaño, de una u otra forma, ha sido parte de muchos noviazgos. Si está casada y piensa en su propia boda, ¿obtuvo lo que creía que iba a obtener? ¿O se sintió engañada por su pareja en alguna forma? La vida puede parecer ciertamente desoladora cuando el engaño y la desilusión estropean desde el principio la relación más importante de nuestra

vida. Vivimos en un mundo pecaminoso y construimos relaciones con personas pecadoras. Llevamos nuestra propia maldad a esas relaciones. No es de extrañarse que surjan el engaño y la desilusión.

En los versículos 31 y 32, esta triste historia de la no amada Lea cambia de rumbo:

Y vio Jehová que Lea era menospreciada, y le dio hijos; pero Raquel era estéril. Y concibió Lea, y dio a luz un hijo...

Dios no ignoraba la situación de Lea. Vio el dolor en su corazón e hizo algo al respecto. Le permitió dar un hijo a Jacob. El Dios soberano vio la necesidad de Lea y actuó para satisfacerla. Y de paso estaba llevando a cabo su plan para Jacob y sus descendientes, que incluía la manera en que enviaría a Jesucristo, el Mesías y Redentor, al mundo.

Una de las limitaciones de Lea era que no era precisamente una candidata

al certamen de Miss Mesopotamia, y tenía una hermana que sí lo era. Raquel era hermosa. Cuando aparece por primera vez en Génesis 29:6-12 es como si saltara de la página, llena de vitalidad y energía. Simplemente lo tenía todo. No es sorprendente que Jacob se quedara boquiabierto cuando la viera ni es de extrañarse que la Biblia nos diga que los siete años que trabajó por ella «le parecieron como pocos días, porque la amaba» (v. 20).

Y luego tenemos a Lea. Lo único que sabemos de ella es que era de «ojos delicados» (v. 17). Para los comentaristas y traductores ha sido muy interesante entender la palabra hebrea que se traduce por «delicados». En realidad no sabemos cómo eran los ojos de Lea. Unos dicen que se estaba quedando ciega y que Labán quería deshacerse de ella rápidamente antes de que eso sucediese. Una versión de la Biblia traduce

la palabra como «tiernos». Hay varias posibilidades. Tal vez Lea sólo tuviera una buena característica: sus hermosos ojos. O quizás sus ojos la afearan tanto que todo lo demás era insignificante. Lo importante es que, independientemente de cómo fuera físicamente, creció a la sombra de una hermosa hermana.

¿Pudo Dios haber creado a Lea tan hermosa como a Raquel? Claro que sí. Entonces, ¿por qué no lo hizo? Le hubiera ahorrado mucha aflicción. ¿Por qué esperó Dios hasta que Lea fuera la esposa no amada de Jacob para hacer algo bueno por ella? El profeta Isaías nos recuerda que «como son más altos los cielos que la tierra, así son [Sus] caminos más altos que vuestros caminos, y [Sus] pensamientos más que vuestros pensamientos» (55:9). Cuando miramos a Lea más de cerca vemos que si Dios la hubiese hecho tan hermosa como a su hermana

Raquel, es muy probable que no se la hubiesen impuesto a Jacob. Si ese hubiera sido el caso, Jacob nunca hubiese tenido los hijos específicos a través de los cuales Dios obró a favor de Israel y de un mundo caído. Dios a menudo obra en nuestras vidas, no dándonos una situación perfecta, sino demostrando Su poder y Su amor en nuestras situaciones imperfectas. Obra para nuestro bien permitiendo las luchas en relaciones imperfectas.

A Lea no la amaban. Sin embargo, Dios lo vio e hizo que concibiese hijos. No una, sino al menos siete veces. A través de cada una de las ocasiones en que Lea tuvo en sus brazos una nueva criaturita y le puso nombre, podemos ver un poco de cómo pensaba, qué sentía, cuáles eran sus necesidades.

En Génesis 29:32, mientras acunaba a su primogénito, Lea «llamó su nombre Rubén, porque

dijo: Ha mirado Jehová mi aflicción; ahora, por tanto, me amará mi marido». Poco después «concibió otra vez, y dio a luz un hijo, y dijo: Por cuanto oyó Jehová que yo era menospreciada, me ha dado también éste. Y llamó su nombre Simeón» (v. 33).

Como si dos hijos no fueran suficientes, «concibió otra vez, y dio a luz un hijo, y dijo: Ahora esta vez se unirá mi marido conmigo, porque le he dado a luz tres hijos; por tanto, llamó su nombre Leví» (v. 34).

Tres hijos. ¿Suficiente? Aparentemente no, porque el versículo 35 nos dice: «Concibió otra vez, y dio a luz un hijo, y dijo: Esta vez alabaré a Jehová; por esto llamó su nombre Judá; y dejó de dar a luz».

Cuatro varones uno detrás del otro. ¿Se imagina a Lea a la entrada de su tienda un caluroso día de verano en Mesopotamia llamando a sus hijos: «¡Rubén! ¡Simeón! ¡Leví! ¡Judá!»?

Observemos cómo progresó la comprensión y la fe de Lea analizando el significado de los nombres de sus hijos.

Rubén: «¡Ved un hijo!» Lea reconoce que Dios vio su aflicción, la hizo concebir, y le dio un hijo. Interpretó ese hecho como la manera en que Dios la ayudaría a ganarse el amor de su marido. Pero, ¿dío resultado? Aparentemente no. Simeón nació probablemente menos de un año después.

Simeón: «oír». Lea aún no era amada. El nacimiento de Rubén no había hecho que Jacob la amase. Él seguía teniendo ojos sólo para Raquel. Dios había escuchado los suspiros de Lea, había visto sus lágrimas, había entendido su profundo deseo de tener el amor de Jacob, y le había dado un segundo hijo. Seguro que esta vez Jacob la amaría. Pero, ¿fue así?

Una vez más Lea dio a luz un hijo y le puso **Leví**, que significa «unido, junto»,

y explicó: «Ahora esta vez se unirá mi marido conmigo, porque le he dado a luz tres hijos».

La esperanza es eterna en el corazón humano. Lea esperaba que cada nuevo hijito produjese alguna diferencia en el matrimonio, que de alguna manera Jacob empezara a amarla como amaba a Raquel. Aún esperaba ocupar un lugar igual al de Raquel en su corazón, por no decir el primero. Con el paso del tiempo, después del nacimiento de cada niño, la espera se retrasaba y luego se echaba por tierra. Todos sus esfuerzos por ganar el amor de Jacob —con la ayuda de Dios— fueron inútiles. Él seguía teniendo ojos solamente para la hermosa, aunque estéril, Raquel.

Muchas esposas hacen hasta lo imposible para ganar o mantener el amor de esposos que no les corresponden. Y con la misma frecuencia, al igual

que Lea, esa esperanza, que es eterna, se convierte en esperanza postergada o defraudada.

Es muy difícil vivir en una relación sin sentir un amor profundo, mutuo y comprometido. Todo nuestro ser clama por él. Después de todo, esa fue la intención original de Dios para el matrimonio cuando creó al hombre y a la mujer y los juntó en el Edén.

El matrimonio en el Edén no consistía solamente en tener relaciones sexuales. Era un matrimonio de mentes, de metas, de intereses y de espíritus. Era un matrimonio de dos cuerpos que se hicieron uno para simbolizar toda la unidad que un hombre y una mujer podían experimentar en todas las dimensiones de su vida en común. Era una unidad total que fue posible sólo en el Edén. En su perfección, Adán y Eva podían tener esa relación.

En mi calidad de mujer imperfecta casada con un

hombre imperfecto no puedo tener esa unión total y sin mancha con mi esposo. Mis necesidades entran en conflicto con las suyas. Sus deseos chocan con los míos. Es fácil desilusionarse de una relación que no puede ser perfecta. Por eso tratamos, anhelamos y deseamos algo mejor. En el mundo de hoy, si perdemos la esperanza de lograrlo con el señor

Maravilla n.º 1, puede que decidamos intentarlo con el señor Maravilla n.º 2 o con el señor Maravilla n.º 3.

En una época en la que estamos rodeados de medios de comunicación que consideran el amor romántico la base de los matrimonios sólidos, es difícil aferrarse al hecho de que se puede construir un matrimonio magnífico sobre algo que no es el amor. En medio de la desilusión de sentirse menos amada de lo que a una le gustaría, ¿es posible encontrar recursos para ser feliz en un matrimonio imperfecto?

Examinemos la actitud de Lea cuando nació su cuarto hijo. Le puso por nombre **Judá**, que significa «alabanza». Explicó ese nombre diciendo: «Esta vez, alabaré a Jehová». Por primera vez al ponerles nombres a sus hijos, Lea pasó de expresar su anhelo por el *amor de Jacob* a aceptar y a complacerse en el *amor de Dios*.

La atención de Lea cambió de lo que le faltaba a lo que tenía. Es verdad que las cosas con Jacob seguían igual. Él seguía soñando con Raquel. Lea no podía cambiarlo, pero sí podía cambiarse a sí misma. Podía cambiar el centro de su atención, podía reconocer la mano de Dios, que le daba significación a su vida.

El paso más importante para tener gozo en un matrimonio sin amor es cambiar nuestra atención de lo que *no tenemos* a lo que *sí tenemos*. Lea tenía cuatro hijos varones en una época

en que los varones lo eran todo. Se dio cuenta de la abundancia de su situación y dijo: «Esta vez, alabaré a Jehová».

Génesis 30 empieza destacando a Raquel:

Viendo Raquel que no daba hijos a Jacob, tuvo envidia de su hermana, y decía a Jacob: Dame hijos, o si no, me muero. Y Jacob se enojó contra Raquel, y dijo: ¿Soy yo acaso Dios, que te impidió el fruto de tu vientre? Y ella dijo: He aquí mi sierva Bilha; llégate a ella, y dará a luz sobre mis rodillas, y yo también tendré hijos de ella (vv. 1-3).

Bilha tuvo un hijo de Jacob que legalmente era hijo de Raquel. Lo sabemos porque fue Raquel quien le puso nombre al niño. Lo llamó **Dan** y dijo: «Me juzgó Dios, y también oyó mi voz, y me dio un hijo...» (v. 6).

Si dio resultado una vez, tal vez diera resultado dos

veces. Por eso Raquel envió a Bilha a donde Jacob una vez más. La sierva dio a luz otro hijo y Raquel le puso **Neftalí**, que significa «luchas». Raquel explicó la selección de nombres diciendo: «Con luchas e Dios he contendido con mi hermana, y he vencido...» (v. 8).

¿Había vencido realmente? En realidad, la anotación estaba cuatro a dos, a favor de Lea. Pero al ponerse nerviosa porque su hermana podía estar acercándosele, Lea se lanzó al mismo juego y también dio a su sierva Zilpa a Jacob. Cuando Zilpa dio a luz un hijo, Lea le puso **Gad**, que significa «fortuna». Sí, sus riquezas iban en aumento. La anotación era ahora cinco a dos, aún a favor de Lea.

A Raquel le había dado resultado dos veces. Tal vez le diera resultado a Lea dos veces también. Por eso, ésta envió una vez más a Zilpa a acostarse con Jacob. Zilpa quedó embarazada y dio a

luz un hijo. Lea le puso por nombre **Aser**, que significa «feliz», y exclamó: «Dichosa de mí; porque las mujeres me llamarán bienaventurada» (v. 13, Biblia de las Américas).

¡Qué cambio! La amada y favorecida Raquel estaba desolada. La infeliz y no amada Lea exclamó: ¡Dichosa de mí! Se cambiaron los papeles. La mujer que lo tenía todo al principio estaba llena de envidia y frustración. La esposa de reemplazo, la que quería tan desesperadamente conocer el amor de su marido, había aprendido a centrarse en lo que tenía, no en lo que le faltaba. Podía decir: «¡Dichosa de mí!»

Me alegraría saber que la historia terminó con Génesis 30:13. Lea se oía victoriosa en su matrimonio sin amor. Alabó a Dios por lo que tenía y no se centró en lo que le faltaba. Sería agradable pensar que se quedó así el resto de su vida. Pero nuestras batallas raras veces permanecen invictas. En la

rivalidad diaria entre Raquel y Lea, rivalidad que duró toda una vida, la batalla de Lea contra sus circunstancias, es decir, contra un matrimonio sin amor, había de pelearse una y otra vez.

Aprendemos mucho acerca de la relación entre las dos hermanas en la historia siguiente:

Fue Rubén en tiempo de la siega de los trigos, y halló mandrágoras en el campo, y las trajó a Lea su madre; y dijo Raquel a Lea: Te ruego que me des de las mandrágoras de tu hijo. Y ella respondió: ¿Es poco que hayas tomado mi marido, sino que también te has de llevar las mandrágoras de mi hijo? Y dijo Raquel: Pues dormirá contigo esta noche por las mandrágoras de tu hijo. Cuando, pues, Jacob volvía del campo a la tarde, salió Lea a él, y le dijo: Llégate a mí, porque a la verdad te he alquilado por las mandrágoras de mi hijo. Y durmió con ella aquella

noche. Y oyó Dios a Lea; y concibió, y dio a luz el quinto hijo a Jacob (30:14-17).

Este incidente demuestra las tensiones diarias que había en la casa de Jacob. El pequeño Rubén había encontrado unas mandrágoras en el campo. La mandrágora es una planta que produce un fruto amarillo del tamaño de un ciruelo y tiene forma de tomate. A esta fruta le decían la manzana del amor. La gente creía que ayudaba a las mujeres a ser fértiles.

La exclamación de Raquel a Jacob al principio de Génesis 30: «Dame hijos, o si no, me muero», revelaba la intensidad de su deseo de tener hijos. Así que podemos entender por qué, cuando vio a Rubén con manzanas de amor, pidió a Lea que le diera algunas. Pero también se comprende la respuesta de Lea: «¿Es poco que hayas tomado mi marido, sino que también te has de llevar las mandrágoras de mi hijo?»

La relación entre Lea y Raquel seguía afectada por la rivalidad. Raquel estaba dispuesta a hacer cualquier cosa para quedar embarazada. Lea no podía olvidar que Raquel tenía en sus manos poco cuidadosas el corazón de su esposo. Por tanto, comenzaron a negociar. Al final Raquel consintió en permitir que Jacob durmiera con Lea esa noche a cambio de las mandrágoras. Irónicamente, fue la mujer que no tenía las mandrágoras la que quedó embarazada. La que creía en las cualidades mágicas de aquellas manzanitas de amor seguía siendo estéril.

Cuando nació el quinto hijo de Lea le puso por nombre Isacar, que significa «recompensa». Explicó su nombre diciendo: «Dios me ha dado mi recompensa, por cuanto di mi sierva a mi marido» (v. 18). Lea vio el nacimiento de Isacar como una recompensa de Dios.

Parece que casi inmediatamente Lea concibió de nuevo y dio a luz el sexto hijo a Jacob, a quien le puso por nombre **Zabulón**, que significa «honor». Su explicación fue: «Dios me ha favorecido con una buena dote; ahora mi marido vivirá conmigo, porque le he dado seis hijos» (v. 20, Biblia de las Américas). [Una nota al margen de la Biblia de las Américas dice que otra posible traducción es: «me honrará». N. del T.]

Notemos cómo había aumentado la comprensión de Lea de la vida. Después que nació su primer hijo dijo: «Ahora me amará mi marido». Después que nació el tercer hijo dijo: «Ahora esta vez se unirá mi marido conmigo». Y después que nació su sexto hijo había reducido sus expectativas. Sencillamente dijo: «Esta vez me honrará mi marido». Se estaba volviendo más realista respecto a lo que iba y no iba a suceder en su matrimonio.

En un matrimonio sin amor nunca llegará el contentamiento mientras nos aferremos al ideal del amor romántico y perdamos de vista las buenas dádivas que ya hemos recibido de Dios. Lea se centró en Zabulón pensando que era una «buena dote» de Dios.

Habían pasado muchos años desde aquella mañana en que Jacob se despertó y descubrió que la esposa que tenía en su tienda era Lea y no Raquel. Durante todos esos años, Raquel había deseado un hijo más que nada en el mundo. Después de muchos años de espera, con la anotación en nueve (incluyendo a su hija Dina) para Lea y sólo dos para Raquel concebidos por su sierva, Dios escuchó el clamor de Raquel por un hijo y ésta quedó embarazada. Nació su hijo José, y la primera petición de Raquel fue: «Añádame Jehová otro hijo» (v. 24).

Dios escuchó su oración, pero con consecuencias

que ella no pudo haberse imaginado. Para entonces, Jacob había trabajado para Labán durante 20 años. Un bribón que despojaba a otro bribón. Así, Jacob tomó la decisión de regresar a Canaán con su larga familia de dos esposas, dos concubinas, diez hijos y una hija.

Mientras la familia viajaba hacia el oeste sucedió lo inconcebible. Raquel, hacia el final del viaje y embarazada de su segundo hijo, murió en el alumbramiento. Lo que más deseó en el mundo se convirtió en la causa de su separación final del hombre que la amaba. La mujer que tenía todas las razones para ser feliz murió dando a luz a un hijo llamado Benoni, que significa «hijo de mi tristeza» (35:18).

Es fácil mirar a una mujer de una belleza asombrosa y el amor eterno que le tiene un hombre y pensar que debe ser la más feliz de todas. Pero fíjese en la tristeza de Raquel, escuche su queja. Muchas

veces, las cosas no son lo que aparentan ser.

¿Y Lea? Dios sacó soberanamente a su rival del círculo familiar. Raquel había muerto. Lea era ahora la esposa N.º 1. No sabemos si Jacob aprendió a amarla más de lo que la amaba en el momento del primer engaño ni cuántos años más vivieron juntos. Sólo sabemos que cuando Lea murió, Jacob la enterró en el sepulcro ancestral, la cueva de Macpela, donde estaban enterrados Abraham, Sara, Isaac y Rebeca. La honró en su muerte.

Al final del libro de Rut, después que Booz venció al pariente más cercano y ganó a Rut como esposa, los ancianos de la ciudad de Belén oraron diciendo: «Jehová haga a la mujer que entra en tu casa como a Raquel y a Lea, las cuales edificaron la casa de Israel» (4:11).

Lea, la no amada se convirtió en la madre que

ayudó a edificar la casa de Israel. De los doce hijos de Jacob que llegaron a ser progenitores de las doce tribus de Israel, seis nacieron de Lea. De la tristeza personal de Lea salieron ricas bendiciones para Israel. Fue Lea quien dio a luz a Judá, de quien provino David, el rey más grande de Israel, y de quien vino el León de la tribu de Judá: nuestro Señor Jesucristo.

Lea, la poco atractiva hermana mayor de la hermosa Raquel, vivió en una situación muy difícil, y sobrevivió. Al igual que ella, nosotros también somos personas caídas en un mundo caído. Somos personas marcadas por la alienación de los demás y de nosotros mismos. La vida raras veces, si acaso, es plenamente satisfactoria. La mayoría de las veces tiene cierto sabor a insatisfacción: no recibimos suficiente amor, ni suficiente cuidado, ni suficiente honor, ni suficiente estima. Tal vez

recibamos casi lo suficiente, pero nunca tanto como quisiésemos.

Al igual que Lea, podemos centrarnos en lo que nos falta y ser desgraciados. O, también como Lea, podemos decidir centrarnos en lo que tenemos y disponernos a decir: «Esta vez alabaré a Jehová».

¿Cómo podemos vivir con un esposo que no nos ama? Cambiando el centro de atención. En el proceso, no sólo terminaremos exclamando, junto con Lea: «¡Dichosa de mí!», sino que tal vez un día descubramos que Dios ha obrado un milagro a través de nuestra tristeza, bendiciendo al mundo a través de nosotras.

ABIGAIL: CÓMO VIVIR CON UN ESPOSO DIFÍCIL

¿Alguna vez ha caminado por una calle mirando todas las casas y se ha preguntado cómo se llevan las personas que viven en ella? ¿O ha mirado a una mujer que se sienta frente a usted en la iglesia y pensado: «¡Caray! Ella sí que lo tiene todo en la vida. Su esposo, cristiano y bien parecido, es un líder en la iglesia y la trata como a una reina. Sus hijos son obedientes y no parecen darle problemas nunca. Tienen suficiente dinero para hacer lo que quieran y para ir a donde quieran. Me pregunto qué se siente al formar parte de una familia cristiana tan perfecta».

A veces miramos a los que nos rodean y nos permitimos autocompadecernos pensando cuánto mejor que nosotros viven otras personas. Ese es

el problema de juzgar por las apariencias. Lo que sucede detrás de las puertas de un hogar cristiano puede ser bien diferente de lo que debería suceder en una familia. La familia «demasiado perfecta» del banco de enfrente podría ser cualquier cosa menos perfecta.

Hace algunos años participé como oradora en un retiro para damas. Las damas pertenecían a una iglesia más bien estricta donde todo el mundo sabía exactamente cómo ponerle el palito a la «t» y los puntos a las íes. Llenaban sus libretas aparentando escribir todo lo que yo decía. Pero me preguntaba si alguna de ellas era genuina.

Un sábado en la noche, después de mi tercera charla, llegó la respuesta. Se me acercaron tres mujeres después del culto. Cada una de ellas tenía básicamente la misma historia que contar. Contaré sólo una de ellas:

Cuando caminó hacia mí era evidente que estaba terriblemente atemorizada. Se le notaba el temor en los ojos y el nerviosismo en los dedos de las manos. Parecía que la sostenían apenas unas cintitas de goma. Traté de hacerla sentir cómoda y de indagar la causa de su angustia, y poco a poco me contó su historia.

Había estado casada durante trece años con un hombre que se había graduado del seminario y había sido pastor de tres iglesias diferentes durante su vida matrimonial. Hacía poco que había dejado el ministerio y estaba tratando de salir adelante en el negocio de bienes raíces. La pareja tenía tres hijos en edad escolar. Ella trabajaba a tiempo completo como enfermera psiquiátrica y aportaba el único ingreso regular del hogar en aquel momento. Llamaremos a esta pareja Juan y Juana.

Juan es un abusador. Sí, ha sido pastor, es

cristiano y se graduó de un seminario. Pero también es un abusador que golpea a su esposa. Juana es una mujer maltratada. Es inteligente y trabaja en enfermería psiquiátrica. Pero aun así, es una esposa maltratada.

Desde el primer año de casados, Juan golpeaba a Juana. El maltrato físico adopta distintas formas. Empieza cuando él estalla de rabia y le tira todo lo que encuentra a la mano. Luego le cae encima y le hala el pelo.

Después de esa clase de golpiza, Juana sabe que él volverá por la noche y empezará de nuevo. Por eso se mantiene despierta toda la noche, «sintiendo el león que ruge por toda la casa», sin saber cómo ni cuándo la atacará de nuevo. El segundo ataque puede ser otra golpiza, o un cubo de agua fría que le tira en la oscuridad.

Si le da uno de sus ataques de ira mientras van en el auto, ella teme

por su vida y la de toda la familia. Una vez, estando ella embarazada, él estiró el brazo por encima de ella para abrir la puerta del auto y la empujó y la tiró en la calle mientras el vehículo estaba en movimiento.

Después de estos ataques, Juan se apena mucho. En público, especialmente en la iglesia donde lo consideran muy buen líder, abraza a Juana y le pide a la gente que mire a su hermosa esposa. Fuera de la casa se ocupa de cultivar cuidadosamente la impresión de ser un esposo amante y excesivamente cariñoso.

Son varias las cosas que parecen provocar las rabias de Juan. Si encuentra a Juana leyendo un libro, se lo arrebata y le dice que si ella quiere aprender algo debe preguntarle a él y que él le enseñará. Mantiene a la familia en un rígido programa diario de memorización de versículos. De hecho, él mismo diseñó un sistema

que usan muchas familias de su iglesia, el cual tiene un versículo clave para cada capítulo de la Biblia y un complejo sistema de memorización para aprenderlos. Los miembros de su familia también deben pasar determinada cantidad de tiempo cada día escuchando cintas cristianas. Si alguien de su familia no ha aprendido el versículo perfectamente o no contesta todas las preguntas que hace sobre la cinta, Juan se enoja mucho.

Hace varios años, Juana persuadió a Juan para que consultase a un consejero junto con ella. Pero el consejero cristiano siempre le sermoneó a ella respecto a su deber de ser sumisa.

Cuando Juana habló conmigo era evidente que había soportado la rabia de Juan durante años. Sin embargo, encontró el valor para hablar conmigo sólo porque temía por la seguridad

de sus tres hijos. La iglesia la había enseñado tan bien a ser sumisa que pensó que no tenía alternativa más que quedarse en la casa, aguantar el abuso, y correr el riesgo de que Juan la matase a medida que sus rabias aumentasen. De hecho, como suele suceder en el caso de las mujeres maltratadas, Juana hasta se culpaba del abuso de Juan. Insistía en que si ella fuese diferente, él no la golpearía. Él no se veía a sí mismo como el abusador.

Las mujeres que sufren maltrato físico son una realidad en la sociedad de hoy y una realidad dentro de nuestras iglesias evangélicas. En los Estados Unidos, una de cada ocho mujeres es víctima de abuso físico. Una de cada cuatro es víctima de abuso sexual. Cada dieciocho segundos, una mujer es golpeada, un cuarto de ellas mientras se encuentra en estado de embarazo. Muchos de estos incidentes de abuso físico no se informan a la

policía. Los expertos legales llaman al abuso doméstico el «delito silencioso», uno de los delitos que menos se informa o que peor se informa.

Muchas mujeres, aunque no sufren maltrato físico, son víctimas de abuso. Por ejemplo, una de las principales causas de la depresión es la baja autoestima que viene de ser denigrados constantemente por las personas más cercanas a nosotros, aquellos que deberían edificarnos.

Tengo una amiga cercana cuyo esposo casi nunca se sienta a la mesa sin decirle qué comida debió haber preparado y cómo debió haber cocinado la que preparó. Durante más de veinticinco años, mi amiga ha soportado este torrente de crítica en prácticamente todas las comidas. No es de extrañar que su confianza en sí misma sea cero. No puede hacer nada que lo

agrade. La critica día y noche. Es un abusador, y ella, víctima de su abuso.

El abuso puede ser físico, verbal y no verbal. En cualquier forma que se manifieste, muchas mujeres cristianas aceptan este abuso en el nombre de la sumisión. Están convencidas de que como mujeres cristianas no tienen otra alternativa más que aguantar el abuso como la voluntad de Dios para sus vidas.

En 1 Samuel 25 hay un caso de cómo manejar la relación con un hombre abusivo. Allí conocemos a un hombre llamado Nabal y a su esposa Abigail. El versículo 3 describe a Abigail como una «mujer de buen entendimiento y de hermosa apariencia», pero a Nabal como un hombre «duro y de malas obras».

Nabal era un hombre con el que era difícil vivir. La fuerza de las palabras hebreas que se traducen «duro y de malas obras» comunica que

era áspero, altanero, tosco y malvado.

Los criados de la casa de Nabal seguro que estarían de acuerdo con la descripción que hizo Dios de él. En el versículo 17 escuchamos a un siervo hablar sobre su amo con Abigail, esposa del mismo, diciendo: «Él es un hombre tan perverso, que no hay quien pueda hablarle».

Aquí también el texto hebreo es muy fuerte. Nabal es «una persona malvada, hijo de Belial», la peor afirmación de desprecio que el siervo podía usar. Nabal era un hombre duro, difícil, severo. Era imposible razonar con él.

El siervo no era el único que tenía esa opinión. Abigail describe su esposo a David en el versículo 25: «No haga caso ahora mi señor de ese hombre perverso, de Nabal; porque conforme a su nombre, así es. Él se llama Nabal, y la insensatez está con él...»

O sea que Nabal era un hombre malvado y difícil.

Dios lo dijo. El siervo lo dijo. Abigail estuvo de acuerdo.

Abigail probablemente llegara a formar parte de ese desagradable matrimonio en contra de su voluntad. En sus días, los padres decidían con quiénes se casaban sus hijos. Nabal era uno de los hombres más ricos de la región. El versículo 2 nos dice que tenía 1.000 cabras y 3.000 ovejas. Era un hombre importante e influyente. Casarse con un hombre como ese era atrapar un buen partido. El hecho de que Abigail no fuera feliz en ese matrimonio era ajeno al caso.

Desafortunadamente, muchas mujeres de hoy tienen matrimonios tan desgraciados como el de Abigail. El príncipe bien parecido resulta ser un sapo. El magnífico líder cristiano resulta ser un abusador.

¿Cómo manejó Abigail la situación, atrapada en un matrimonio con un hombre malvado, con el que nadie

podía hablar ni razonar? ¿Podemos aprender algo de ella que pueda sernos útil o ayudar a mujeres que conocemos y que se hallan en esa misma situación?

Cuando menos necesitamos sacar el mayor provecho de una mala situación. Mejor aún, tenemos que encontrar una forma de convertir una mala situación en algo bueno. Vemos en Abigail a una mujer que hace todo lo posible para limitar el daño que ha hecho su marido. Y Nabal había hecho mucho daño, tanto que toda la casa estaba en peligro de exterminación. Repasemos la historia.

La historia comienza durante la época del año en que estaban esquilando las 3.000 ovejas de Nabal. Eran muchas las ovejas, muchos los esquiladores, y mucho el trabajo que había que realizar.

La época de esquileo en los días de Nabal también era un época festiva. El dueño

de las ovejas acostumbraba a dar una fiesta cuando se terminaba el trabajo. En la fiesta hacía regalos a todo el que había ayudado de alguna manera durante el año. Era una manera de dar las gracias a Dios y un gesto de buena voluntad para con su prójimo. Cuando David envió a sus hombres a cobrar lo que se les debía por la protección que habían proporcionado a los pastores de Nabal durante el año, tenían todas las razones del mundo para esperar que Nabal fuese generoso.

Pero en lugar de ello, en los versículos 10 y 11 vemos a Nabal insultar a los hombres de David de dos formas: primero, Nabal debió haber respondido con generosidad por la ayuda que dichos hombres habían proporcionado a sus pastores. Segundo, la costumbre oriental exigía que fuese amable con ellos, aunque David hubiese sido un enemigo mortal. El malvado,

duro y mezquino Nabal, no sólo rehusó darles algo cuando debió haber sido muy generoso, sino que también menospreció el carácter de David frente a sus hombres.

David comprendió bien el insulto. Su respuesta fue, básicamente: «Bueno, muchachos, agarren sus espadas. Vamos a terminar con este tipo y con todos los hombres de su casa». Con 400 hombres armados se dispuso a destruir la casa de Nabal.

Al mismo tiempo, un criado sabio corrió a ver a Abigail para decirle lo que había sucedido. He aquí el resumen:

Pero uno de los criados dio aviso a Abigail mujer de Nabal, diciendo: He aquí David envió mensajeros del desierto que saludasen a nuestro amo, y él los ha zaherido. Y aquellos hombres han sido muy buenos con nosotros, y nunca nos trajeron mal, ni nos faltó nada en todo

el tiempo que anduvimos con ellos, cuando estábamos en el campo. Muro fueron para nosotros de día y de noche, todos los días que hemos estado con ellos apacentando las ovejas. Ahora, pues, reflexiona y ve lo que has de hacer, porque el mal está ya resuelto contra nuestro amo y contra toda su casa; pues él es un hombre tan perverso, que no hay quien pueda hablarle (vv. 14-17).

Abigail tenía en sus manos una mala situación. Cuatrocientos hombres habían salido a matar a Nabal y a la mayor parte de su casa. Ella tenía que actuar rápidamente para limitar el daño que su esposo había hecho.

Conociéndose a usted misma, ¿qué hubiera hecho en lugar de Abigail? ¿Hubiera corrido para salvarse a sí misma? ¿Hubiera organizado a los criados para pelear contra los hombres de David?

¿Hubiera tratado de razonar con Nabal? ¿Se hubiera resignado a que la matasen? ¿Se hubiese dejado sobrecoger por el pánico? Abigail actuó de una manera decisiva e independiente:

Entonces Abigail tomó luego doscientos panes, dos cueros de vino, cinco ovejas guisadas, cinco medidas de grano tostado, cien racimos de uvas pasas, y doscientos panes de higos secos, y lo cargó todo en asnos. Y dijo a sus criados: Id delante de mí, y yo os seguiré luego; y nada declaró a su marido Nabal. Y montando un asno, descendió por una parte secreta del monte; y he aquí David y sus hombres venían frente a ella, y ella les salió al encuentro. Y David había dicho: Ciertamente en vano he guardado todo lo que éste tiene en el desierto, sin que nada le haya faltado de todo cuanto es suyo; y él me ha vuelto mal por

bien. Así haga Dios a los enemigos de David y aun les añada, que de aquí a mañana, de todo lo que fuere suyo no he de dejar con vida ni un varón.

Y cuando Abigail vio a David, se bajó prontamente del asno, y postrándose sobre su rostro delante de David, se inclinó a tierra (vv. 18-23).

Abigail, pensando rápidamente, se apresuró a atajar el problema. Pero, ¿qué piensa de lo que ella hizo? ¿Cree que sus acciones fueron correctas? ¿Qué estaba sucediendo realmente mientras ella corría por todos lados para hornear el pan, empacar las pasas y los higos, y cargar los cueros de vino en los asnos?

En primer lugar, hizo exactamente lo contrario de lo que Nabal quería que se hiciese. Él había echado a los hombres de David, pero ella les preparó mucha comida. Segundo, lo hizo a espaldas de él. El texto indica que ella

no dijo a su esposo lo que estaba haciendo.

¿Le parece que sus acciones fueron correctas? Veamos la evaluación de David de lo que hizo Abigail:

Y dijo David a Abigail: Bendito sea Jehová Dios de Israel, que te envió para que hoy me encontrases. Y bendito sea tu razonamiento, y bendita tú, que me has estorbado hoy de ir a derramar sangre, y a vengarme por mi propia mano (vv. 32,33).

David consideró que la acción independiente de Abigail, contraria a los deseos de Nabal, era de Dios. Abigail es para nosotros un modelo de una mujer sabia en una situación difícil. Actuó pensando en lo que era mejor para su casa y para su esposo. La primera persona que hubiese sentido el filo de la espada de David era Nabal. Al actuar contra los deseos de Nabal, Abigail

le salvó la vida. Ella quería lo mejor para él.

No todas las situaciones que las mujeres enfrentan en matrimonios malos son asuntos de vida o muerte. En el caso de Abigail sí lo era. En el caso de Juana, estaba llegando a ese punto. La obligación de una mujer cristiana de ser una esposa sumisa termina cuando hay vidas en peligro. Una mujer sabia hace lo que puede para limitar el daño que un hombre difícil causa en el hogar.

Puede que dicha mujer tenga que actuar inmediatamente para protegerse a ella misma y a sus hijos. Si la situación es físicamente peligrosa, lo primero que debe hacer, tanto ella como los niños, es salir de esa situación mientras les sea posible. Debe procurar lo mejor para todos, incluyendo el esposo, pero también para ella y cualquier niño que pueda estar involucrado.

Es importante saber que una mujer no fracasa como esposa ni es desobediente a Dios si da pasos firmes para preservar su vida en una situación de abuso.

El segundo paso que la mujer debe dar es tratar de convertir las situaciones malas en situaciones buenas. Una persona que padezca de cáncer puede que se someta a tratamientos de radiación o de quimioterapia para impedir que el cáncer se expanda. Esa es una manera de limitar el daño. Pero si el cáncer se puede operar, el cirujano también optará por quitarlo de manera que el paciente pueda recobrar la salud completamente. Hemos de convertir una mala situación en una buena.

Abigail logró con éxito detener el ejército de David para que no matase a la casa de Nabal. Pero para impedir el tener que repetir la operación de rescate en otra situación, tuvo que hacer algo más.

Y Abigail volvió a Nabal, y he aquí que él tenía banquete en su casa como banquete de rey; y el corazón de Nabal estaba alegre, y estaba completamente ebrio, por lo cual ella no le declaró cosa alguna hasta el día siguiente. Pero por la mañana, cuando ya a Nabal se le habían pasado los efectos del vino, le refirió su mujer estas cosas; y desmayó su corazón en él, y se quedó como una piedra (vv. 36-37).

No fue suficiente prevenir el peligro. Hubo que confrontar a Nabal respecto a su manera de manejar la vida. Él tenía que entender las consecuencias de su conducta intratable. Una de las cosas que vemos en el versículo 36 es que Abigail escogió el momento adecuado para hablar con Nabal. Muchas veces, cuando confrontamos a una persona difícil, escogemos el momento y el lugar

equivocados. Abigail esperó sabiamente hasta que terminase el banquete y hasta que a Nabal se le hubiese pasado el estupor de la borrachera y estuviese sobrio.

Aunque Abigail escogió el momento con sabiduría corrió grandes riesgos al confrontar a Nabal. Recuerde que lo describieron como un hombre duro y de malas obras (v. 3). Y el criado dijo que era tan malvado que nadie podía razonar con él (v. 17). Abigail no tenía ninguna seguridad de que Nabal la fuese a escuchar. No tenía manera de saber si se iba a poner furioso y a hacerle daño. Pero sí sabía que tenía que confrontar a Nabal aun cuando las cosas pudieran no salir muy bien.

Para Nabal, al menos, no salieron bien. El impacto de saber lo cerca que estuvo de la ira de David le produjo un paro cardíaco. El pasaje no nos dice si el ataque de Nabal se lo produjo la ira porque

Abigail se inmiscuyese en sus asuntos, o si le dio rabia el que David se hubiese salido con la suya. Quizás haya sido puro terror lo que le entró cuando se dio cuenta de lo cerca que había estado de la muerte. Lo que sea que haya producido el derrame cerebral o el ataque al corazón, en diez días quedó claro que fue fatal (v. 38). Nabal murió.

Tampoco sabemos por el texto bíblico cómo habló Abigail con Nabal aquella fatídica mañana. Sólo sabemos que le dijo todo lo que había pasado. Dio el próximo paso necesario para mejorar una mala situación. Lo confrontó con las consecuencias de sus acciones.

En una relación difícil, no trate simplemente de limitar el daño. Procure convertir una mala situación en una buena ayudando a la persona difícil a ver lo que se está haciendo a sí misma y a las personas importantes que hay en su vida. El amor a

veces tiene que ser firme porque procura lo que es mejor para todos los involucrados. Un hombre que abusa de su esposa o con el que es difícil convivir tiene sus propios problemas. Esos problemas le impiden ser la persona gozosa y cabal que Dios quiere que sea. Debemos amar lo suficiente como para confrontar: confrontar para redimir, no para destruir.

A muchas mujeres que están atrapadas en matrimonios abusivos les resulta prácticamente imposible confrontar, por muchas razones. Muchas veces, esas mujeres han creído las reiteradas afirmaciones del esposo de que si ellas fuesen diferentes, ellos las tratarían de otra manera. O, tienen una comprensión no bíblica de la sumisión. O, les han destruido la autoestima y no tienen fortaleza interior para resistir el abuso.

Para dar ese paso necesario de confrontar

para que se produzca un cambio, una mujer víctima de abuso debe estar segura de su propio valor delante de Dios de manera que la persona difícil no acabe con su autoestima. La vida con Nabal no pudo haber sido feliz. Sin embargo, Abigail no permitió que el carácter malicioso de Nabal la amargase. Esta hermosa e inteligente mujer era lo suficientemente fuerte en su interior como para aguantar la irracionalidad de Nabal.

¿Cómo termina nuestra historia de Abigail? David no perdió tiempo una vez que escuchó la noticia de la muerte de Nabal. Le propuso matrimonio a Abigail, y ella se convirtió en su esposa. Fue una compañera adecuada para el gran futuro rey de Israel.

En la historia de Abigail, todos «vivieron felices». Pero esa no fue la manera en que terminó la historia de Juana. Tampoco termina así la historia de muchas

otras mujeres cristianas que se hallan atrapadas en matrimonios difíciles. A menudo la aflicción no desaparece, sino que tenemos que aprender nuevas formas de lidiar con la infelicidad y convertirla en algo bueno.

Un día recibí otra carta de Juana. Hasta ese día nos habíamos escrito a través de su dirección en el hospital. Pero aquella fue la primera carta en la que me dio la dirección de su casa. Yo le había enviado literatura sobre los hombres que abusan de sus mujeres y las golpean, incluyendo un «índice de violencia». Ella me escribió esto:

Cuando revisé todo el material, creo que lo más aterrador fue tomar la prueba de la violencia y darme cuenta de que el índice de violencia había llegado a un nivel peligroso. Nunca lo había visto en blanco y negro ni había pensado en las preguntas específicas que

hace la prueba. Esto le dio un tono más grave al asunto...

En junio y julio, la conducta o actitud de Juan se volvió más aborrecible y opresiva. Involucraba a los niños cada vez más, a veces culpándolos de sus ataques. Tiró un vaso en el fregadero de la cocina con tal fuerza que los vidrios se regaron por toda la cocina, las repisas y el piso. Luego Juan quiso que Miguelito, nuestro hijo de doce años, los recogiese. Yo me negué a permitir que Miguelito limpiase el desorden que había hecho Juan, por lo que permaneció así durante dos días. Susana (de once años), había estado fuera de la casa. Cuando entró preguntó: «¿Fue esto un accidente o papá se enojó?» Le dijimos la verdad. Samuel (de nueve años) empezó a ponerse histérico cada vez que

Juan levantaba la voz, y eso lo enfurecía más.

En julio le pedí ayuda a otras personas, Carlos y Margarita. Sin que Juan lo supiese, tomé una tarde libre y hablé con ellos. Margarita y yo ya habíamos hablado del asunto. Carlos es abogado y Juan lo respeta mucho en todo sentido. Como era de esperar, Juan se encolerizó cuando le dije, ese mismo día, que había ido. Empezó de nuevo con las mismas acusaciones de traición. Doy gracias a Dios por el coraje de haber hablado de nuevo.

Carlos, Margarita, Juan y yo nos reunimos una vez a la semana durante dos o tres horas. La primera sesión fue la peor, pero Alice, las últimas seis semanas han sido maravillosas. Carlos lo ha confrontado y Juan no se ha resistido a rendir cuentas. Con lágrimas, dolor y tristeza se ha

comprometido conmigo de una manera diferente de todas las demás. Ha enfrentado el asunto como pecado y como algo totalmente inaceptable. Está esforzándose genuinamente por ser más piadoso. Las sesiones son difíciles debido a las cosas tan dolorosas que tenemos que discutir, pero son muy productivas. Una vez más tengo esperanza.

Los niños saben que vamos a esas sesiones y también están contentos. Hasta el espíritu defensivo de Susana ha mejorado en este último mes. Aún hay mucho que hacer. Cada día veo en él la actitud que dice: «Abajo las mujeres», pero tengo la libertad de discutirlo con él más tarde o dejarlo para el tiempo que pasamos con Carlos y Margarita. Juan ha admitido que no me da ninguna libertad y que se pone celoso hasta de las conversaciones

telefónicas que tengo con otras mujeres. No entiende por qué, pero ahora lo ve como algo anormal.

Alice, creo que hay esperanza. Por favor, sigue orando conmigo. Sé que el camino que queda por andar tendrá tropiezos, y que tal vez sean grandes. Pero ahora tengo más apoyo. Por tanto, mi fundamento es más firme y también el de Juan.

Por favor, sigue compartiendo con otras mujeres la necesidad de ser abiertas y de tener amigos, que la vida no se tiene que aguantar. Se puede vivir e incluso disfrutar. Anhelo ver lo que Dios tiene para mí en el mañana. Siéntete en la libertad de compartir mi vida con otras personas si sirve de ayuda. Y mantengámonos en contacto. Te quiere, Juana.

Cada vez que leo esta carta recuerdo a la mujer aterrorizada que durante

trece años no dijo una palabra a nadie acerca de todo lo que estaba pasando con un hombre difícil. Doy gracias a Dios porque encontró el valor para conversar conmigo. Me alegro de que tuviese aún más valor para buscar apoyo en su propia ciudad. Hoy tiene esperanzas. Hace un año, no tenía ninguna. Doy gracias a Dios porque Juana hizo lo que hizo Abigail. Primero dio pasos para aminorar el daño que le hacía a ella y a los niños. Habló con una amiga en quien podía confiar, la cual fue el principio de un grupo de apoyo local para ella. Obtuvo el valor para refutar las acusaciones irracionales de Juan y para combatir sus exigencias egoístas. Poco a poco, ella lo ha obligado a asumir la responsabilidad de sus acciones. Ahora, en esas sesiones semanales con Juan, Carlos y Margarita, ella continúa la confrontación que está sanando su matrimonio.

¿Vive con un hombre difícil? ¿Tiene alguna amiga que se halle atrapada en un matrimonio en que la maltratan? Tome a Abigail como ejemplo. Procure sacar el mejor provecho de una mala situación. Mejor aún, procure convertir lo malo en algo bueno. Deje que Dios obre en usted y a través de usted para redimir una mala relación.